

—Adiós, muñeca...

—Adiós. Y no tardes, ¿eh? Piensa que aquí me tienes siempre con un sobresalto... Que si te mató el tren, que si no alcanzaste el último viaje... En fin, ya sabes lo nerviosa que soy.

Estaban en el corredor, decorado ya como Nita quería, con el mueble de bambú sobre una estera de vivos colores; el velador en el centro sosteniendo el globo de cristal lúcido, dentro del cual rebullían los peces en la linfa irisada por el claror de la tarde. Oscilaba la lámpara, colgada del techo, como si alarde hiciera del primor de su factura. En las esbeltas columnas de cantera renegrida, que soportaban la pesadumbre del techo, ella, con sus propias manos, había puesto dos acuarelas de gusto dudoso, robadas al estudio de Mauricio, y tan sólo advertíase en el muro correspondiente al sofá la ausencia de las estatuillas, cuya compra proyectase con el propósito de que no resultaran desairadas sus tarjetas, cromos y demás cachivaches que con clavos y listones ocultaban la blancura mate de la pared. Algunas maceas, adquiridas durante su aun corta estancia en el pueblo, florecían pendientes del barandal de hierro que iba de un arco á otro, y tal cual jaula de canarios, á los cuales era la moza aficionadísima, refulgía en aquel momento bajo los rayos flamígeros.

El artista mostróse encantado horas antes, cuando Nita, palmoteando y riendo como un chiquillo, hubo de enseñarle su obra dicha, acarminado el rostro por la fatiga, deshecha la cabellera y rugosas las faldas, en

razón del mucho trajín. Moni, su simple colaboradora, reía también, luciendo las rojas encías. Reconocía Villaescusa que á su adorada sobraba gusto, y metía las manos en los bolsillos del pantalón, irguiendo el pecho; señal indudable de orgullo en él, que para sus adentros se confirmaba cada vez más en su idea de que amante de artista, artista había de ser, tarde que temprano.

Le acompañó hasta el descansillo de la escalera. Ahí, luego de algunos arrumacos y no escasas recomendaciones, dejóle ir. Que no le entretuviesen en la redacción, ¿eh?

Tornó á ascender los peldaños presurosa, recogíendose las ropas, y fué á reclinarsse en el barandal. Sus ojos engolosinados siguieron á Mauricio, que atravesó el jardín, saludó cortésmente á Lupe, la muchacha de abajo, que bordaba á la fresca sombra del corredor, y desapareció tras de la verja, diciéndola adiós con el bastón, mientras ella se deshacía en graciosas inclinaciones de cabeza desde lo alto.

Cotidianamente repetíase igual escena. Al marcharse el amante, experimentaba Nita una sensación de soledad y de abandono, iluminada no más que por la esperanza del regreso. Cuando atardecía, infiltrábase en el pueblo una onda de misticismo y de silencio. Los rumores del campo, el resonar de la campana de la iglesia y la extinción lenta de la luz entristecíanla. ¡Si las ausencias de él fueran siquiera por la mañana! Por la mañana había algo que hacer en la cocina: el aseo del lar, ayudada por Moni, la regocijaba, absorbiéndola del todo. Pero en la tarde...

Pensativa encaminóse al estudio. Cogió el primer libro que á sus ojos se ofrecía en el estante predilecto, y salió de nuevo al corredor, sentándose en un extremo del sofá, echada sobre el cojín de seda roja, obra de sus manos.

Antaño leía poco; lo indispensable para contentar á su padre. Hoy, el libro constituía uno de sus mayores placeres. Devota enamorada, jamás se dió cuenta de que esa inclinación era una resultante de su mismo amor, puesto que ella la identificaba con su compañero. Por

un espejismo natural en su temperamento de amorosa, entusiasmábase con frases y tipos, no por la perfección que entrañasen, sino porque encarnaban los ideales de su dueño. Sentía la belleza á través de los nervios de él; y si algo pareciale hermoso, era porque á él antes le había parecido.

Echó la cabeza hacia atrás, abrió el volumen por la mitad—pues ya se lo sabía de memoria—, y hubo de engolfarse en la lectura, inmóvil, hipnotizada. Era *Le petit chose*, de Daudet, la misma obra en que empezó á descifrar el francés años antes, cuando los gruesos y velludos dedos de papá deslizábanse por los renglones que seguían, que seguían sin acabarse nunca, diciendo lindas cosas que entendía apenas, aclarándose á ratos, por la traducción fácil, á modo de manantial cuya corriente se enturbia al remover el fondo, para transparentarse luego.

Pasaban los instantes despacio, con perezosa lentitud, y ella, atenta á la lectura, volvía las páginas. El ruido de éstas, al doblarse, oíase distinto en el corredor, entonces adormido en el silencio. Trasmontaba el sol. Las masas de verdura del jardín se difuminaban en la sombra. En lo alto del corredor, arriba de los capiteles arcaicos, delgada cinta de luz temblequeaba. Abajo, el murmullo de la fuente era cada vez más tenue, más íntimo, mientras que en el patio interior Moni canturreaba una canción de su tierra, rústica tonadilla evocadora de viejos amores. Poco á poco, la luz fué extinguiéndose. Desapareció la ambarina franja, enmudeció la fámula y una sombra, indecisa al principio, densa luego, hubo de esparcirse en el ambiente. Abandonó Nita el libro con displicencia; frotóse los párpados, suspirando. Llegaba á sus oídos el gorgoriteo del agua; la noche envolvíala en penumbra. Los nervios excitados por la lectura, poblada el alma de vagos anhelos, continuó recostada. Su pensamiento, entretenido en arcanas imaginaciones, robaba el dominio á la voluntad, reteniendo á su dueña ahí, en el sofá.

De pronto, escuchó una sucesión de notas alargadas, débiles, de marcadísimo sabor romántico. Era el piano

de las señoritas de abajo, de cuyo teclado alguna mano frívola las arrancaba. Nita pensó en las tres muchachas, sin atinar cuál fuese la *virtuosa*, y siguió oyendo, embebida, arrullada. El piano enmudecía á veces, como si el tema iniciado agonizara en un murmullo imperceptible; pero después, bronco, pasional, brotaba éste para perderse en la sombra de inefable misterio del follaje. Conocía aquella música. Vislumbraba, á través de ella, días lejanos de su niñez: reconocíala como si fuese la voz de una madre que la hubiera dormido en sus brazos. Y evocada por el recuerdo, surgió la visión del pasado...

Cuando de tarde en tarde solía escudriñar la historia de su vida, hallábala nebulosa, gris. Que era una vida como tantas otras, nunca lo puso en duda. Pero mirándola como ella la miraba, desde puntos de vista sugeridos por su propia sensibilidad, algo tenía de poco común.

Aparecía primero á sus ojos una cabellera cenizosa, abundante, cayendo en bucles sobre una frente ancha, ruda, surcada de hondas arrugas; una barba áspera y casi nítida que sombreaba los labios; dando al rostro un continente severo; unas pupilas que sólo para ella sonreían; una nariz prominente, hecha á golpes de cincel, y unas manos, ¡oh, las manos, cuántas cosas la dijeron al acariciarla!... Papá ocupaba toda su existencia hasta los quince años. No había momento, anécdota ni episodio de ella á los que no viniera unida la añoranza de la barba blanca y de los ojos tristes.

Allá, en los desvanes del cerebro, conservábase intacto el arranque de su huella. Fué en una pluviosa mañana de Enero, en el patio de la vecindad, una vecindad muy grande, situada en un callejón estrecho, junto á la iglesia de Loreto, cuya enorme cúpula se erguía rasgando el ambiente brumoso. Los niños, descalzos, jugueteaban metiéndose en el agua, con gritos de júbilo. Algunos aderezaban barcos de papel, que presto se mecían en la negruzca superficie del líquido. Las chiquillas, sucias las faldas, sin peinar los cabellos, ojerosas aún por exceso de sueño, consideraban tales maniobras, admiradas cuando algún barquichuelo en miniatura

competía con los grandes, surcando gallardo las charcas.

A la puerta de su casuca estaba ella, ávida de entrometerse en la zambra. Y de mil amores lo hubiese hecho, si con su inteligencia de niña precoz no comprendiera que repugnaba al autor de sus días el que los arrapiezos la hicieran compañía. En varias ocasiones hablaba arrancado de las garras de éstos, cual si anhelase guardarla para él solo, sustraerla al ambiente de la casona, encerrarla entre las cuatro paredes del hogar adusto. Iba á arriesgarse, empero, á transponer el quicio de la puerta, cuando le vió venir, sonriente, con paso tardo, sin paraguas, bajo la fina lluvia. Traía una pizarra y un libro en la mano. Cogióla en sus brazos, charlotando—cosa rara en él—, la sentó en sus rodillas, á tiempo que con un beso dulcificaba la mueca de contrariedad que ella hiciera viendo frustrados sus arteros planes, y la dijo:

—Nena, te voy á enseñar á leer...

Aun creía oír estas palabras insinuantes, persuasivas, que por su propio acento la engolosinaron. ¡Leer! ¿Qué era aquello?

Abrió el volumen, en el cual no escaseaban preciosas estampas: niños jugando á saltar la cuerda; caballos que corrían; soñolientas vacas; todo aquello que de carne y hueso le gustara tanto, y que ahora, pintado, tenía un no sé qué de más atrayente que en la realidad. Al principio, la lección fué de perlas. Mostrábase entretenidísima, y de preferencia atendía á los grabados, echando en saco roto las explicaciones. Pero después, saciada el ansia de galusmear, no fueron bastantes á impresionarla los discursos del buen señor. Emborrónó la pizarra, arrojó el texto, y púsose á dar berridos con gran escándalo de la granujería, que apartó la vista de los frágiles botecillos, para enderezarla del lado de ella. Tan immoderada había sido su rebeldía, tan bronco el movimiento que hizo para desasirse de los amorosos brazos paternos, que pensó, y no sin razón, que papá adoptaría medidas energicas. Redobló sus gritos al abrigar convicción semejante; debatióse con mayores ímpetus en el rincón-

llo donde se refugiara, y cuál no sería su sorpresa al observar que él se levantaba, mitad serio, mitad riente, limpiábase el sudor de las sienes, y la cogía en brazos hasta ponerla al nivel de su faz bonachona, diciéndola:

—Bueno, nena; pues ahora no será. Mañana veremos si te aplicas...

Sucedió esto cuando ella contaba cuatro años. Y medir la suma de paciencia, de ternura, de habilidad que don Bernardo Iris desplegara á fin de enseñarla á leer, la era imposible. Desde aquella mañana nubosa en que sus recuerdos ofrecíanle la primera huella de su padre, los años huían, huían, sin desvirtuar nunca la silueta del pobre músico, que á través de las cotidianas vicisitudes fué el mismo siempre: idólatra de la hija única; adusto, impenetrable para los demás. Y sólo el amor infinito del viejo podía compensar la aridez de aquella vida, que, sin embargo, algo cambió al entrar Nita en la escuela, no bien cumplidas las seis primaveras. El conocimiento que hizo con chiquillas de su edad y los nuevos horizontes vislumbrados, alteraban los días monótonos. Don Bernardo iba á dejarla al umbral del establecimiento, y traía la á casa en cuanto sonaba la primera campanada de las doce ó de las cinco. Por la noche, marchábase papá con la caja del violín bajo el brazo, y amita y criada cosían en el comedor junto al quinqué. Metíanse en cama á las diez... y hasta el día siguiente, en que una voz gruesa la despertaba, y al abrir los párpados, miraba la barba blanca y los ojos tristes inclinados sobre ella.

Entonces no comprendía Nita lo anómalo de su existencia, entre un padre solitario y una asalariada que entraba en casa, y al cabo de los años ó de los meses, despedíase tan contenta. Faltándola puntos de comparación y cerebro reflexivo, imaginó que la suerte de ella era la de todas. El sentimiento del amor materno, innato en los niños, habíase fundido en su ánimo con el paterno. Don Bernardo la prodigaba ambos amores en sus diversas exteriorizaciones: niña aún, la durmió en sus brazos; más tarde, tuvo para ella los cuidados nimios, las mil espirituales pequeneces que sintetizan á la vida

dre. Cuando miraba, al salir de la escuela, á las mujeres pobres que iban por sus niñas, la añoranza de la autora de sus días venía á su mente, y el aletear del misterio susurraba en torno á sus cavilaciones. Decíanla, tanto su padre como don Juan del Monte, el íntimo de la casa, que mamá había muerto muchos años antes, dejándola chiquitina, tan chiquitina, que de seguro no conservaba remembranza alguna de ella. Y en efecto, por mayores que fueran sus empeños, nunca descubrió en los recovecos de la memoria ni un rasgo fisonómico, ni una palabra, ni un gesto que hicieran luz, poniendo de relieve la silueta de la desaparecida. Mas—como Nita pensaba—en buena hora que no recordase á su madre, y que ésta hubiera muerto al darla vida; pero ¿no era extraño que papá jamás hiciese alusión á ella, ni en el hogar existiera un retrato, un listón, una alhaja pobre, algo, algo de la estela que los muertos amados dejan en las mansiones por donde pasan? Tal razonamiento, sencillísimo para que cupiera en el cerebro de una niña, fué insinuándose en el de ella, al principio débilmente, después vigoroso, bien delineado. Nunca logró, no obstante, confesar sus escrúpulos al violinista. Cierto que abrigaba una gran confianza por él; mas las dos ó tres veces que lo intentó, había notado en la faz paterna una mueca triste, y tal temblor de emoción en la voz, que enmudeció, confusa, con la duda en los labios.

¿Mamá había sido mala? No, seguramente. Su nombre sonaba en los oídos de la precoz niña como una caricia: se llamaba Rosa. ¡Rosa! Y había muerto joven la pobre mamita. Se la imaginaba muy pálida, muy blanca, con los párpados cerrados, durmiendo entre flores el último sueño, tal como había visto, en días recientes, á Julia, la señorita de la vecindad que la quería y la daba dulces, la cual murió cuando en sus mejillas y en sus ojos esplendía aún brillo de vida. Y lo que ella no acertaba á explicarse, era que las reminiscencias maternas no acudían á su mente cuando estaba junto á su padre, de pie ante el piano, en el que don Bernardo tocaba aquellas composiciones clásicas que acabaron por ser para ella comprensibles, en fuerza de escuchar-

las; ó cuando el viejo, empeñado en instruirla, dábala lecciones de francés, al atardecer, de vuelta de la escuela. La adoración callada, el efecto intenso que á raudales salía del alma de él, envolviéndola, iluminándola, disipaba en su mente el misterio. Borrábase la visión de la muerta tendida entre flores, y aparecía clara, amable, la realidad del padre, tan distinto de todos los padres, del afectuoso varón que vivía para ella, pensaba para ella y consagrábala su existencia íntegra, sin quitarle la más insignificante partícula.

Los trances por que su pensamiento hubo de pasar, revolucionaron su carácter, haciéndole, no vulgar como debía haberlo sido, en razón de los estrechos horizontes que la circunían, sino refinado, nervioso, extremadamente sensible. Heredó quizás de la muerta aquel ardor pasional que se reflejaba en sus amores y odios de escuela; en sus aficiones y repugnancias por algunas cosas; en sus gestos, en sus palabras; ardor refrenado por una vaga melancolía, producto de su vivir solitario, y cierta indeterminada tendencia á la meditación y al ensueño, la cual identificábase con las muchas veces advertida de su padre.

A los quince años cursó el último de instrucción primaria. Don Bernardo hacía proyectos para el porvenir, y manifestaba inmoderado afán de complacerla, saciando sus nimios caprichos y embelleciendo, por cuantos medios tenía al alcance, el nido vacío, que poco á poco, á medida que la adolescencia revelábase en las curvas del cuerpo de la moza, iba adquiriendo tibieza, alegría de verdadero nido de pájaros.

Justamente por estos tiempos fué cuando el misterio se aclaró un poco, y hubo de cambiar de fisonomía.

Añorando, añorando, Nita representábase el comedor de su casa, chiquitita, revestido de la coquetería de su juventud naciente. En la mesa veíanse cuatro cubiertos, suceso nunca hasta entonces ocurrido. Sobre el mantel blanquísimo, donde la cristalería sembraba reflejos luminosos, destacábanse ramos de violetas, las flores amadas por ella. La criada iba y venía, aturdida, en un trajín desusado en aquella mansión de silencio. Una se-

hora vestida de negro, la nueva ama de llaves, daba ordenes, preparando los últimos menesteres, y papá, fro-tándose las manos, con la cara roja de entusiasmo, el cuerpo más erguido que antaño, contemplábala, burlán-dose de su asombro. ¿Qué tal? ¿No era aquella fiestecita íntima el mejor premio digno de una niña? Ahora sí que podría darse gusto su Nita—nunca la llamó Susana—y pedir lo que apeteciera, que para eso estaban los bolsi-llos repletos y la temporada de ópera había dejado muy buenos rendimientos. Y hacía sonar con estrépito los anchos bolsillos del saco, en donde sobraba calderilla, y á cada instante asomábase á la puerta, á fin de cer-ciorarse de si el amigo Juan venía; aunque—y esto lo afirmaba con tristeza— el pobre hallábase tan poco acostumbrado á sus convites, que no era aventurado su-poner que le diese un síncope al recibir la grata noticia de la comilona, y la no menos grande del éxito de Nita, al arrebatarse el primer premio del año de manos de las envidiosillas y sabihondas que se lo disputaran.

En una de tantas vueltas y revueltas, al entrar al comedor, vió á la niña que, vestida de blanco, apoyába-se en un extremo de la mesa, taciturna y pensativa. Su sorpresa fué grande. Acercóse á ella, diciéndola inquie-to: «¿Qué tienes, hija? ¿No estás contenta?»

Nita le echó los brazos al cuello, como en los años distantes en que la arrullara en la cuna, y murmuró á su oído, quedo, muy quedo, con voz tembladora: «¡Si vieras, papá! Hubo muchas señoras que lloraron al ver que yo recibía el premio, y no sus niñas... ¡Ay! si mamá viviera...»

Al escucharla, don Bernardo se irguió. Una oleada de sangre enrojecía su semblante; sus manos temblaban, apretando las de ella. Palideció después, desasióse, y mascullando palabras de excusa, abandonó el comedor. Le vió entrar precipitado en el estudio, y continuó ahí, extática, más sorprendida que él, humedecidos los ojos, mientras que algo la escarabajaba el alma, haciéndola sufrir; aquel *algo* que sentía dentro de ella cuando, tratando de aclarar el misterio, encontrábase con la mirada triste é inconscientemente llena de reproches del

viejo. Y el escarabajeo interior que experimentaba, ha-cíase por instantes insoportable. Una voz decíale que había hecho daño. ¿A quién? Sin quererlo, pensaba en papá, que poco antes desapareciera en el estudio, en-corvado, confuso, él que sonriera y bromease como un chiquillo momentos antes.

Arrastrada por un impulso de su ánimo, corrió á la sala. Apoyó la mano en el pestillo, giró la puerta, chi-rriendo ligeramente, y al resonar aquel chirrido, cuando ella asomó la cabecita infantil, pudo ver que con rapi-dez el viejo levantábase de un sillón, y dándole la es-palda, se llevaba el pañuelo á los ojos.

No esperó á que él la llamase. Detúvose en mitad de la pieza, y dijo:

—Papacito, ¿qué tienes?

Don Bernardo se volvió, riendo, con un gesto que desfiguraba su rostro, dándole un tinte de alegría letal:

—¿Eres tú, Nita? ¿Pero por qué no habías entrado, muchacha?

Cuando ella escuchó estas palabras, pronunciadas con una entonación que en vano quería aparecer serena, sintió que se le oprimía la garganta y las lágrimas pug-naban por salirse de entre los párpados.

Echóse en brazos de él, y escondiendo el rostro en-sombrecido en el ancho pecho, lloró, lloró mucho, con-vulsionada, con espasmos nerviosos que la conmovían de la cabeza á los pies. Y á medida que corrían sus lágrimas, y la barba blanca la acariciaba en la nuca, y las frases consoladoras de papá iban cayendo sobre su dolor como un bálsamo, un horrible peso se la quitaba de encima, y el amor al viejo artista resplandecía con más fuerza que nunca, vencedor del misterio, de aquel misterio que ahora, sin descifrarlo del todo, ella juz-gaba terrible para la memoria de la muerta.

Todavía sollozaba, con ese sollozo entrecortado, so-focante, que sigue á las grandes crisis de llanto, cuando resonó en la vecina pieza la voz francota y llana de don Juan del Monte. Papá le arregló los rebeldes rizos que le caían sobre la frente; limpióle las lágrimas que ane-gaban sus ojos, y cogidos de la mano salían ambos de

la habitación, á tiempo que entraba el perinclito invitado, quien abrazando á Nita, advirtió luego huellas de lágrimas en las pupilas que le sonreían. Estupefacto, interrogó con un gesto á su amigote. Don Bernardo, chancista, respondió en tanto que pasaba la mano por las mejillas de la niña:

—¡Figúrate, la ambiciosa! No ha quedado satisfecha con el premio: quiere otro mejor. ¡Pero imagínate, Juan, es el primero!

Los cuatro años que siguieron á este saliente episodio, fueron para Susana quizá los mejores de su hasta entonces breve vida. En el cerebro aturrullado de la niña iba despertando la mujer, con sus aficiones, con sus delicadezas, mientras que en el talle delgadocho aparecían las primeras morbideces que tan bien se hermanaban con el mirar de los ojos negros, ardoroso y lánguido. Ya don Bernardo dejaba que los papeles se fueran trocando; de maestro convertíase en discípulo, con esa complacencia de los viejos. La moza cuidábale con infinitas ternuras, hacíale prohibiciones, y hasta empeñábase en ser ella la única señora de la casa, por más que el bueno del viejo aun no se decidiese á darla todas las atribuciones correspondientes, en razón de que para llenarlas ahí estaba el ama de llaves.

El señor Iris pensaba á la moderna en lo tocante á educación femenina, por más que sus arrestos pedagógicos no fueran tan lejos como los de las *feministas* al uso. No pasó por su magín el que la chica abrazara la abogacía ni la medicina; que estas ciencias más propias eran de ánimos varoniles. Mas tampoco soñó con que Nita estuviera en el futuro sometida á los sinsabores de la aguja, ó sufriera las impertinencias de las señoritas aristócratas que buscan damas para entretener sus ocios. Por ello fué por lo que mostró grande empeño en dar á la adolescente una educación en la cual se amalgamaran en estrecho consorcio lo artístico, adorno indispensable en la mujer, y lo práctico, imposición necesaria en la lucha por la vida. Y Susana, alma nacida para embellecer el hogar con sus travesuras y temperamento emocional inclinado al arte, vióse en el amargo trance de inscri-

birse en la Escuela de Comercio á fin de seguir los cursos. En cambio del disgusto que semejantes estudios la ocasionaron, tuvo, bien es cierto, mayores libertades. Por la mañana, luego de ponerse el gracioso sombrerillo de paja, marchábase calle arriba, los libros bajo del brazo, el andar airoso, muy abiertas las pupilas al tragafuego matinal. Y en los ratos perdidos, cuando el odioso plantel no la retenía, estudiaba el francés, íbase de paseo del brazo de papá ó leía novelas. El músico guardaba algunas de las mejores, realistas todas, que enseñaron á Nita muchas cosas que le ocultara la vida. ¡Cuánto había aprendido en aquellos libros que las condiscípulas aventajadas consideraban inútiles! Las noches en que don Bernardo no tocaba en el teatro, ambos reuníanse en el pobre estudio. Ella junto al velador, á la luz de la lámpara, y él sentado al piano, ejecutando á Chopín, á Bach ó á Beethoven, sus grandes amores musicales, pasaban instantes deliciosos.

Pero de Dios estaba, al decir de las vecinas, que la dicha no continuase. La muerte, segadora de ilusiones, pálido fantasma que roba ensueños, vino á turbar la sosegada existencia del pobre músico y de su hija, llevándose al primero á regiones quizá menos crueles que la terrena, en donde tantos sinsabores experimentara.

En el invierno del 99, murió don Bernardo Iris.

Pocos, muy pocos recuerdos conservaba Nita de estos aciagos días, á pesar de no verlos tan lejanos. Como á través de sutil bruma, revivía los momentos dolorosos que acompañaron al fallecimiento del artista obscuro, en el cual ella encontró al padre, á la madre y al amigo que laborase por su felicidad presente y futura, y cuya obra quedaba trunca para siempre. Veía al viejo, demacrada la faz, el acento débil á causa de la asfixia, las sienes sudorosas y frías, apretándola las manos, mirándola, mirándola con ojos desolados y tristes. Y sus últimas palabras, al amanecer, repercutían aún en sus oídos: «Nita... Nita...» Después... nada: su mente ofuscábase, como si cuando tales sucesos ocurrieron, experimentara profunda atrofia. La noche del velorio, sombría, larguísima, en que la casa fuera invadida por

caras extrañas; el chisporrotear de los cirios, casi consumidos ya, cuando metieron á papá en la caja y ella le vió por última vez; el entierro, bajo un cielo acuoso, sin sol; la soledad infinita de la casa minutos después de que le sacaran, cuando ella erraba por el estudio, donde yacían papeles por el suelo, y en el piano abierto veíase aún la pieza póstuma que el desaparecido tocara; todo se confundía, enmarañábase, acababa por desvanecerse en su mente, dejándola tan sólo la impresión de la mano de papá, que por todos los rincones aparecía, evocándole, y el amargor inmenso de aquella separación sin esperanza.

Acompañóla durante la semana que siguió á la catástrofe la esposa de don Juan del Monte, bendita señora con la que rezó muchos rosarios y padrenuestros, y cuyos consuelos dulcificaron un tanto la huella hondísima de su pena. No cesaron ella y el filarmónico su marido de requerirla para que fuese á vivir en su compañía. ¡Cristo! ¿Cómo quedarse sola en aquella casa? Yéndose á la de ellos, encontraría calor y abrigo, teniendo en los Montes menudos unos hermanos que la quisieran... Pero cuanta súplica y ruego insistente hicieron ambos cónyuges, hubo de estrellarse en la obstinada terquedad de la huérfana; no quería ésta abandonar su casa, ni vivir bajo de ajena tutela. Su padre la había dejado ahí, y ahí se quedaba. Convencióse al cabo el matrimonio de la inutilidad de sus requerimientos, y la chica continuó en la morada desierta.

Siempre recordaría agradecida los favores que entonces la prodigase el buen don Juan; favores que iban unidos á consejos que dictaran la experiencia y el cariño profesado al amigo muerto. Se vendió el piano; el ama de llaves fué despedida; y con el producto del instrumento y los pocos recursos suministrados por la empresa del teatro donde don Bernardo trabajara, reunióse un pequeño fondo que el diligente del Monte depositó en una casa comercial honorable, «á fin de que la hija de su nunca bien llorado compañero tuviera lo necesario». Mas no pararon ahí las bondades del buen señor. Nita quedaba sola y sin recursos, y justo era ponerla en ca-

mino de adquirirlos. Después de no escasas diligencias, hubo de colocarla en un repertorio de música en la caja. ¡De algo habían de servir las lecciones de la Escuela de Comercio! Nita, poseedora de un empleo, y venida Moní, una criada joven y de buena voluntad, aunque con su poquitín de pereza, el gran problema estaba resuelto.

¡Ah! Los largos, los eternos días pasados ante la caja, mirando á la calle rebotante de sol y de gente que pasaba... Las tristezas turbadoras que ensombrecían su pobre cabecita ensordecida por el tintineo de las monedas al caer en el contador... ¿Y las noches? Tornaba por las calles ruidosas, vestida de negro, pálida, aturdida, á causa del trajín comercial. Al entrar en la vivienda de la calle de las Inditas, luego de haber atravesado la solitaria plazuela, quitábase sombrero y corsé, cambiaba su traje por otro más pobre, y en seguida sentábase á la mesa, cenaba sin apetito, casi maquinalmente, ante la mirada investigadora y vivaracha de Moní. Después de un rato de quedar pensativa, viendo sin mirar la llama temblona, azulada, de la vela, metíase en su alcoba y dormía hasta el amanecer, para recomenzar luego igual tarea.

El polvo imperceptible del tiempo fué cubriendo, sin embargo, aquellas tristezas. La morada recobró un aspecto nuevo; el recuerdo de papá fué marchitándose lentamente, como los pétalos que restaban de las rosas puestas sobre el sepulcro, allá en Dolores, por las manos piadosas de Nita, el primer domingo de cada mes. Acostumbróse ella á la vida que llevaba; sus paseos por el cementerio alargáronse hasta los pueblos cercanos, Mixcoac, San Angel, llenos de verdura y olorosos á hierba fresca; la esposa de don Juan, y aun el propio amigo, impusieron la tarea de arrancarla del sopor en que yacía.

Regularmente iban los tres al panteón.

Un domingo de Abril por la mañana sólo hubo de acompañarla el señor del Monte. Enlutada, con un ramo de pensamientos y miosotis en la mano—¡le gustaban tanto á papá los miosotis!—, subió al tren de Tacubaya, seguida del devoto camarada de don Bernardo.

En el panteón irradiaba una luz diáfana. En los árboles plantados junto á los sepulcros oíase ruido de alas; gorjeaban los pájaros revoloteando sobre los setos florecientes. Las callecillas, enarenadas, se extendían á lo lejos entre vallas de trohenos, cuyo verde fuerte hacía resaltar la blancura de los mausoleos de mármol. Aquí una cruz de piedra, allá la cabeza de un angelillo reidor, acullá la columnata de ónix de una capilla, todo revuelto entre flores y hojarasca, daban al severo recinto la apariencia de un jardín suntuoso. En la mente de los que cabizbajos discurrían por las calzadas, desaparecía la idea de la muerte, embebida por la Naturaleza eternamente renovada y joven.

Se encaminaron por el paseo central, callados, respirando á plenos pulmones el aire de la mañana. Al cruzar por la Rotonda de los hombres ilustres, Nita se acordó de papá. ¡Pobrecillo! Bien merecía él estar ahí, entre aquellos señores que en vida quizás no fueron tan buenos, y ahora no se diferenciaban del autor de sus días ni siquiera en lo corporal. Torcieron á la izquierda, internándose en la «segunda clase». Cuando se detuvieron ante la modesta tumba, la joven tuvo una mirada afectuosa para don Juan: á los ocho meses de la muerte del violinista veía por primera vez la humilde lápida, que lucía ya sobre la losa del sepulcro. Era de tejalí, y tenía una sencilla inscripción:

AQUÍ YACE
D. BERNARDO IRIS
MUERTO EL 22 DE DICIEMBRE DE 1899
SU HIJA Y SU AMIGO LE CONSAGRAN
ESTE RECUERDO

A Susana se le humedecieron los ojos. Dejó caer las flores, y lentamente cogió las manos del viejo.

—Sí—murmuró—. Su amigo... Su único amigo...

Sonó la campana de la Administración. Era uno más que llegaba. Ambos vieron, á lo lejos, entre los troncos, el paso de un cortejo. Y don Juan, emocionado por este contraste del fausto de la Naturaleza y del invierno del

vivir, y por la melancolía esparcida suavemente en el rostro de la muchacha, musitó absorto:

—¡Pobre Bernardo!... Es verdad... No tuvo más que á su hija y á mí... A ti y á mí, Nita... Porque su mujer...

Calló. Invencible turbación delataba su semblante. Pero cuando quiso remediar la frase indiscreta era tarde ya: los ojos de ella estaban fijos en él, pendientes de sus labios, sin lágrimas, reclamando imperiosos la confesión que constituyese la tortura de sus años de adolescencia. Vanas resultaron las protestas de ignorancia; vano también el deseo que mostrara de guardar aquel secreto que el muerto guardó, no queriendo lacerar el corazón de la niña con el relato de miserias pasadas. Don Juan habló al cabo, con acento entrecortado á ratos, vibrante á veces, revelador de odio y de amor, de devoción al amigo y de repugnancia para la hembra que estaría muy lejos, viva ó muerta... Susana vió aclararse el misterio ante la mañana luminosa. ¡Oh, pobres sueños de niña visionaria! La mamá blanca, inmóvil entre flores, había sido adúltera. La mamá que ella soñó besándola, junto á la cuna, la había abandonado cuando apenas cumplía un año desde que la diera á luz. La mamá amante había traicionado al esposo, huyendo en brazos de un íntimo de la casa. La mamá que ella entreviera en sus noches de insomnio, glorificada allá en el cielo de sus imaginaciones infantiles, estaba en la Habana, desde hacía diez y siete años, quizá envejecida en la atmósfera de la mancebía, quizás en la fosa común... Y el recuerdo del viejo desaparecido se agrandó, se agigantó entonces en el cerebro ardoroso de Nita. Entonces comprendió su existencia de soledad, sus años transcurridos en total aislamiento del mundo; la sonrisa triste que en ocasiones plegó los gruesos labios de él; la ternura silenciosa del anciano de la barba venerable...

Cayó de rodillas junto á la losa, entre cuyos resquicios nacían flores silvestres. Lloró convencida mejor que nunca de la magnitud del tesoro que perdiera. Don Juan, desolado, la miraba, en pie, dando vueltas al sombrero entre las manos.

Media hora más tarde, al salir, cuando en una vuelta del paseo perdieron de vista la tumba amada, Susana y del Monte absorbiéronse en una charla íntima sobre don Bernardo. Era mediodía por filo, y el sol caía á plomo sobre las llanuras y pinares, por donde corría el tren.

Aquel día Nita conoció á su padre.

* * *

El piano había callado. Las últimas notas se perdieron en el arrullo imperceptible de la noche. El jardín, bañado por una luz raudosa y blanca, exhalaba el fresco aroma de los naranjos en flor, y la tibia brisa olía á claveles. Una cinta de claridad argentada iluminaba de la cintura abajo á Nita, que dulcemente sumida en el ensueño, dejaba errar la mirada por el piélago azul... El libro había caído á sus pies.

Oyóse ruido de puertas, susurro de faldas.

—¡Niña, niña! ¡Jí, jí! ¿Pero se ha dormido usted tan temprano?

Y Moni, plantada en mitad del corredor, reía con su risita irónica.

—¡Pero mujer!—dijo Susana levantándose apresurada—. ¿Cómo no me hablaste antes?... ¿Y ahora qué hacemos? Ni lumbre, ni cena, ni luz, y Mauricio que no tardará en llegar. Pero no te rías, perezosa de mis culpas... Ese Pablo te trae sorbido el seso... ¿A que te has quedado de charla con él?

La criada protestó.

—Míreme la niña á los ojos, á ver si miento. Como tapatía que soy, le digo á la niña que el pobrecito ni siquiera me ha dado los buenos días en el tiempo que aquí tenemos.

—¿De verdad?

—Vaya, pues, de verdad.

—Bueno, hija; pero si no se trata ahora de eso...

—Como la niña me está recriminando...

—No se trata de recriminaciones, ni de Pablos, que

todos los Pablos nada me importan con tal de que Mauricio no encuentre esto á obscuras y sin cena...

Iba de un lado á otro, atolondrada, cuando en el reloj del estudio sonaron las ocho. ¡Virgen Santísima, ya bajaría en aquel instante del tren; ya habría entrado en la calle!... ¡Y la lámpara sin petróleo! ¡Malditos comerciantes que así las vendían! Y Moni, riéndose. ¡Tapatías endiabladas que no sabían más que reír! Vamos, que se moviera, que fuese corriendo á la plaza á traer lo que faltaba. Inútil que Moni gritase que no la había dado el dinero, que sin dinero no se podían comprar las cosas, porque Susana tan pronto se hallaba en un extremo del corredor como en el otro, con grave riesgo de la pecera, que varias veces se bamboleó, amenazando venirse al suelo. El silbato del tren, que oyeron á lo lejos, impelió á Susana á entrarse por fin en la recámara, y á obscuras abrir el armario y buscar y rebuscar en la cajita de perfumes las monedas reclamadas. ¡Ni un cabo de vela, Dios santo! Tornó al corredor. Ahí, á la claridad de la luna, hubo de intentar hacer las cuentas «del gasto». ¡Imposible! Las cifras revoloteaban en su cerebro. No acertando, por último, á desenmarañar tan enmarañada madeja, dió á Moni el puñado de dineros, para que ella se las averiguase mejor.

Cuando la criadita salía con el cesto al brazo, estuvo á punto de chocar con el amo.

—¡Ay, Mauricio de mi alma—dijo Nita arrojándose en brazos de él, en la sombra—; perdóname, perdona á tu musa, que es tan loca!... ¿Me perdonas, eh, queridito mío?

Y la risa de Moni, que atravesaba en aquel instante el jardín, á escape, resonaba allá abajo, picante como el aroma de los naranjos...